

CRISTÓBAL COLÓN, DIARIO DE A BORDO.

Sábado, 13 de octubre.

"Tan pronto como amaneció, vimos llegar a la playa muchos hombres, jóvenes y de elevada estatura. Los hombres y las mujeres estaban desnudos como al salir del seno de su madre. Estaban bien hechos, hermosos de cuerpo y agradables de cara. Sus cabellos, gruesos como crines de caballo, caían por delante hasta las cejas; por detrás pendía una larga mecha que no cortaban jamás. Se acercaron a mi navío en piraguas hechas con troncos de árbol, semejantes a largas canoas y todo de una pieza. Para remo tenían una especie de pala de panadero, pero de la que se servían perfectamente [...]. Vinieron a ofrecernos papagayos, ovillos de hilo de algodón, lanzas y muchas otras cosas. A cambio les dábamos pequeñas cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Aceptaban todo lo que les presentábamos y, al mismo tiempo, nos daban todo lo que tenían, pero de todas formas me parecieron muy pobres.

Yo observaba con mucha atención para asegurarme si tenían oro y me di cuenta de que varios llevaban un pequeño aro en un agujero que se hacen en la nariz. Llegué a saber por medio de signos que torneando su isla y navegando hacia el sur encontraríamos un lugar cuyo rey tenía grandes vasos de oro y una gran cantidad de este metal."

Martes, 23 de octubre.

«Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe de ser Cipango [Japón], según las señas que da esta gente de su grandeza y riqueza. No quiero detenerme más aquí, pues veo que aquí no hay oro. Y, pues es cuestión de andar adonde haya trato grande, no hay razón para detenerse sino seguir y ver mucha tierra hasta topar con la que sea provechosa, aunque a mi entender ésta sea muy rica en especias.»